

naciente, cuya prueba había yo sorprendido. Podría decir yo, por lo tanto, que el consejo mío al señor de Jussat de que dejase feliz y tranquila a su hija en París había sido una prueba de lealtad.

»Sí, tuve esa apariencia de hombre leal; ¿por qué? Si no estuviese yo convencido de que no hay efecto sin causa, ni lealtades de éstas sin un secreto egoísmo, vería en mi proceder una gran repugnancia a explotar, en pro de una pasión culpable, el más noble de todos los sentimientos: el cariño de una hermana a su hermano. He aquí la verdad desnuda: cuando procuraba yo convencer al señor de Jussat, mi creencia arraigada era la de que no habría de serme posible, de ningún modo, reconquistar el corazón de Carlota. Preví en su regreso una humillación nueva. Gastado por aquellos largos meses de luchas interiores, no me sentía yo con fuerzas para seguir luchando. No tuve, por consiguiente, ningún mérito al presentar al marqués los inconvenientes y aun los peligros de la permanencia allí de dos mujeres cerca de un enfermo que podía transmitirles su enfermedad.

»—¿Y yo?—exclamó ingenuamente aquel pobre hombre—. ¿No estoy exponiéndome diariamente? Pero tiene usted razón por Carlota; escribiré que no venga.

»Dos días después, al recibir un telegrama, exclamó:

»—¡Ah! Greslou, vea usted lo que ellas hacen—y me entregó el telegrama en que se anunciaba la llegada de la señorita de Jussat con su madre.

»Quise huir, lo cual habría sido muy sencillo y

muy natural. Mi compromiso terminaba, como ya en otra ocasión he dicho, en 15 de Octubre. Estábamos a 5. El niño había entrado en franca convalecencia; iba a tener a su lado a su hermana y a su madre. Podía yo, por consiguiente, volver a mi casa sin escrúpulo y con cualquier pretexto. Pude y debí hacerlo, por mi tranquilidad y también por mi reposo. Quise, pues, hablar de esto al marqués; comencé a hablarle, efectivamente..., pero él no me dejó acabar:

»—Está bien—me dijo—, está bien; ya hablaremos de eso después...; no tengo la cabeza para nada...; esta contrariedad... Por eso he envejecido tan de prisa. Siempre sinsabores.

»¿Quién sabe? Acaso mi destino habrá dependido de aquel movimiento de mal humor que obligó al viejo loco a no escucharme. Si entonces yo le hubiese hablado, si hubiésemos convenido en mi marcha, hubiérame yo visto en la necesidad de partir efectivamente, mientras que la sola presencia de Carlota cambió mi proyecto de huir en proyecto de quedarme, como una lámpara encendida que se lleva a una habitación, cambia de pronto en luz las tinieblas.

»Lo repito, querido maestro, estaba ya convenido de que Carlota había dejado en absoluto de interesarse por mí; esto por una parte; por otra, creía yo que me hallaba, con respecto a ella, en una crisis, no de amor verdadero, sino de vanidad herida y de sensualidad enfermiza. Pero al verla bajar del carruaje al pie de la escalera, al advertir de qué modo mi presencia la trastornaba, al sentir cómo la suya me enloquecía, comprendí con absoluta evidencia

dos cosas: primera, que me sería absolutamente imposible abandonar el castillo mientras ella estuviese allí; segunda, que ella había sufrido, desde el mes de Mayo, amarguras y trastornos muy semejantes a los míos, si no peores que ellos. Carlota podría haber huído de mí con valor sincero, no haber contestado a mis cartas, no haberlas leído, haber ofrecido su mano para poner entre nosotros lo infranqueable, haber creído ella misma que ya no me amaba y hasta haber vuelto en esa persuasión; pero... me amaba. Yo leí aquel amor a través de los ojos conmovidos de la pobre niña, como lee usted las palabras con las que trato de pintar esa evidencia mía. Allí estaba Carlota, delante de mí, con su vestido de viaje y blanca, blanca como esta hoja de papel.

»Hubiera yo debido explicarme aquella palidez por el cansancio de una noche pasada en el vagón, ¿no es cierto?, y por la inquietud que le producía la enfermedad de su hermano. Sus ojos, al encontrarse con los míos, temblaron de emoción; pero, ¿no podía ser esto una manifestación del pudor ofendido? Había enflaquecido, y cuando al penetrar en el vestíbulo se quitó el abrigo, observé que su traje, un traje del año anterior que yo conocía, hacía algunos pliegues alrededor de sus hombros, pero, ¿no había estado enferma? Era inútil buscar explicaciones sutiles a lo que sólo una causa tenía.

»Carlota continuaba amándome; me amaba todavía; acaso más que me había amado nunca. ¿Qué me importaba que no me hubiese dado la mano al primer encuentro? ¿Qué me importaba que apenas me hubiese dirigido la palabra en el vestíbulo? ¿Qué me

importaba que subiese las gradas de la escalera principal, al lado de su madre, y sin volver la cabeza...? ¡Me amaba! Esta certidumbre, después de tanto tiempo de dudas y de ansiedad, me inundaba el corazón con olas de alegría que casi me hicieron perder el sentido allí, sobre la alfombra de la escalera, que pisé en pos de Carlota para dirigirme a mi habitación.

»¿Qué iba yo a hacer ahora? Puesto de codos sobre mi mesa y sosteniendo en las manos mi frente para contener los latidos de las sienes, que parecían próximas a estallar, me dirigí a mí mismo esa pregunta, sin hallar contestación a ella, como no fuese que yo no podía concluir todo con una separación y con un silencio; por último, que nos aproximábamos a una hora en la cual tantos esfuerzos recíprocos, tantas luchas ocultas, tantos deseos combatidos por una parte y por otra, nos precipitaban hacia una escena suprema; y yo sentía esa escena, la sentía, la adivinaba muy próxima, y trágica, y decisiva.

»Y la escena llegó... y fué como yo la sentía y como yo la adivinaba.

»La contemplación de los sufrimientos de Carlota, que yo leía en sus ojos, en aquellos bellos ojos que me miraban suplicantes, me trastornaba y me quitaba valor y energía para discurrir. Recuerdo que experimentaba yo un torbellino de sensaciones; algo de ardiente, de frenético, de intolerable... una neuralgia aterradora de todo mi sér íntimo y... creciendo... creciendo... siempre creciendo, el ensueño de acabar de una vez: el proyecto de un suicidio. ¿Cuándo nació esta idea? ¿Dónde y con motivo de qué sufrimiento particular?

»No puedo decirlo. Bien ve usted que he amado realmente en aquellos momentos; que todas mis sutilezas se habían fundido en la rama de aquella pasión, como se funde el plomo en el fuego, pues no hallo materia de análisis en lo que fué verdadera enajenación, abdicación de todo un *yo* en el martirio. Porque, lo repito, la angustia de los ojos de Carlota, cuando esos ojos encontraban los míos, la defendían de mí más que la hubiesen defendido sus palabras.

»El pensamiento del suicidio continuó en mí por una especie de deseo insensato de dejar señalada en el corazón de Carlota una huella que nunca desapareciese, por un empeño loco de darle una prueba de amor, contra la cual nada pudiese ni la ternura de su marido, ni la magnificencia del medio social en que iba a vivir ella. «Si muero desesperado, porque me separan de Carlota para siempre, será necesario que ella se acuerde mucho tiempo, mucho tiempo... del humilde profesor, del pobre provincianillo capaz de sentir con tal energía.» Me parece que formulé esta reflexión. Ya lo ve usted, digo «me parece», porque, en puridad, en aquel período no pude estudiarme ni comprenderme. No me reconocí en aquella fiebre de violencia y de tragedia en que fui consumido. Apenas si vislumbro en aquel vaivén desenfrenado de mis pensamientos una especie de *autosugestión*, como usted la nombra; yo me *hipnoticé* a mí mismo. Procediendo como sonámbulo, determiné matarme en tal día y en tal hora, y fui a la botica para comprar el funesto frasco de nuez vómica.

»Durante todos estos preparativos, y bajo la in-

fluencia de aquella resolución, yo no esperaba nada, nada calculaba. Una fuerza verdaderamente extraña a mi propia conciencia obraba en mí. No; en ningún instante de mi vida he sido, como en este, espectador de mi pensamiento y de mis acciones, con una completa separación entre un *yo* que obraba y un *yo* que pensaba. Pero sobre este punto he escrito una nota que encontrará usted en la hoja de señal de mi ejemplar del libro de Briere de Boismont, consagrado al suicidio. Experimentaba yo en aquellos preparativos una sensación indefinible, como de soñar despierto, como de automatismo consciente. Atribuyo tan extraño fenómeno a un desorden nervioso próximo a la locura y producido por los estragos de una idea fija. Solamente en la misma mañana del día escogido para ejecutar mi proyecto pensé en mi última tentativa con respecto a Carlota. Habíame yo sentado a la mesa para escribirle una carta de despedida. Me la figuré leyendo aquella carta, y de pronto surgió en mi espíritu esta pregunta: «¿Qué hará?» ¿Era posible que no se conmoviese Carlota por aquel anuncio de mi suicidio probable? ¿No había de precipitarse a impedirlo? Sí; Carlota correría a mi cuarto. Allí encontraría mi cadáver... Sí, yo no esperaba, para matarme, el efecto de aquella última prueba. En este particular, estoy muy seguro de que veo claro. Sé que aquella esperanza nació en mí así exactamente, y en aquel punto preciso de mi proyecto.

»—Ensayemos—me dije—. Determiné, pues, que si a las doce de la noche Carlota no había ido a mi cuarto, bebería yo el veneno. Sus efectos me eran conocidos. Sabía yo de sobra que eran casi fulminan-

tes, y tuve esperanzas de padecer muy poco. Es muy extraño el hecho de que todo aquel día pasase para mí en una tranquilidad completa. Pero debo hacer esta indicación. Sentíame como aligerado de un gran peso, como realmente desprendido de mí mismo, y no comenzó mi ansiedad hasta que se aproximaban las diez de la noche, cuando, habiéndome retirado a descansar antes que nadie, coloqué mi carta en una mesa del cuarto de Carlota. A las diez y media oí, por la puerta de mi cuarto, que estaba abierta, a la marquesa, al marqués y a Carlota, que subían la escalera. Detuviéronse para charlar algunos minutos en los pasillos; despidiéronse después como de costumbre, y luego entró cada uno en su cuarto... Las once... las once y cuarto... nada aún. Miraba yo mi reloj, colocado delante de mí, y muy próximo a otras tres cartas preparadas ya y que estaban dirigidas, respectivamente, al señor de Jussat, a mi madre y a usted, querido maestro. Mi corazón palpitaba, como si quisiera romper el pecho; pero la voluntad era firme y fría. Había yo anunciado a la señorita de Jussat que no me vería al día siguiente. Estaba yo muy seguro de no faltar a mi palabra *sí*... no me atrevía yo a profundizar en lo que aquel *sí* encerraba de esperanza. Contemplaba yo el movimiento de la manecilla de los segundos, y calculando maquinalmente, realizaba una multiplicación exacta: «A razón de sesenta segundos por minuto, debo ver la manecilla moverse aún tantas veces, porque a las doce en punto me mato.» Un ruido furtivo, ligerísimos pasos que me pareció oír con suprema emoción, interrumpió mi cálculo. Aquellos pasos se aproximaban, se detu-

vieron delante de mi puerta... La puerta de pronto se abrió... Carlota se hallaba delante de mí.

»Yo me había levantado. Ambos permanecimos un rato frente a frente y ambos de pie. El rostro de Carlota estaba descompuesto, quizás por lo enorme de aquel acto suyo; su palidez era espantosa y extraordinario el brillo de sus ojos casi negros, pues el iris, dilatado por la emoción, había invadido toda la córnea. Advertí esta circunstancia porque transformaba por completo su fisonomía. Esta fisonomía, ordinariamente tan reservada, casi sin expresión, respiraba entonces el extravío de un sér dominado por una pasión más fuerte que su voluntad. Era visible que Carlota se había acostado y levantádose luego, como indicaba su tocado y sus cabellos recogidos en una magnífica trenza. Una bata blanca sujeta con un cordón se plegaba alrededor de su talle; y la prueba de cuán aturdida había salido la joven de su cuarto, era que había introducido en sus chinelas sus pies desnudos. Indudablemente una angustia irresistible había lanzado a mi cuarto desde su lecho. Ni pensaba en lo que yo podría creer en ella ni de lo que intentaría decirle. Había creído en mi carta, y venía presa de una exaltación tan viva, que no temblaba. No bien se repuso de aquella emoción que le dominó, al verse en mi estancia, gritó con voz entrecortada:

»—¡Ah!... ¡Gracias, Dios mío! No he llegado demasiado tarde... ¡Muerto!... He creído ver a usted muerto... ¡Ah, esto era horrible! Pero eso ha concluído, ¿no es cierto? Dígame usted que me obedecerá; dígame que no atentará contra su vida... ¡Ah, sí, júremelo usted!

»Carlota cogió entre las suyas mi mano; sus dedos parecían helados. La entrada de la señorita de Jussat en mi cuarto era una cosa tan decisiva, una prueba tal de amor en el instante mismo en que yo me hablaba tan exaltado, que no reflexioné, y sin responder, recuerdo que la estreché entre mis brazos llorando, que mis labios buscaron sus labios, y que le di, a través de mis lágrimas, el más ardiente, el más tierno de los besos, y también el más sincero y apasionado; recuerdo también que fué aquel un segundo de éxtasis infinito, de suprema felicidad, y que ella se desprendió de mis brazos avergonzada de lo que acababa de permitir en su rostro, cada vez más extraviado.

»—Desgraciada—exclamó—. ¡Ah! Es preciso que yo me vaya de aquí... Déjeme usted salir... No se acerque usted a mí...

»—Ya ve usted entonces—le contesté—que es necesario que yo muera. Usted no me ama, usted va a ser de otro; todo nos separa... y para siempre.

»Tomé el frasco negro, y mostrándoselo, dije:

»—La cuarta parte de este líquido es el remedio para tantos dolores... En cinco minutos todo habrá terminado.

»Y con dulzura, sin hacer un solo gesto que pudiera obligarla a defenderse, continué diciendo:

»—Sí, váyase usted ya, y gracias por haber venido. Antes de un cuarto de hora habré concluído de sentir lo que siento ahora; esta intolerable privación de usted... Adiós otra vez, no me prive usted del valor.

»Carlota se había estremecido cuando la luz de la lámpara alumbró el licor sombrío. Extendió hacia

mi su mano y me arrancó el frasco gritando: ¡No... no! Le miró, leyó la inscripción del manuscrito rojizo y tembló. Su rostro se alteró más todavía. Una profunda arruga surcó su frente. Sus labios palparon. Expresaron sus ojos la agonía de una ansiedad extrema, y después, con un acento casi duro, lanzando sus palabras como si le fuesen arrancadas por un poder irresistible y atormentador, dijo:

»—Yo también... he sufrido mucho, he luchado mucho...—. Y adelantándose hacia mí y cogiéndome del brazo..., continuó diciendo: «—Solo, no; solo, no; moriremos juntos. Después de lo que he hecho, no es posible otra cosa.»— Y al decir esto, aproximó el frasco a sus labios. Logré arrancárselo, y ella, con una sonrisa de extraviada, siguió diciendo: «—Morir, sí; morir aquí, cerca de usted y con usted...»— Y diciendo esto, se aproximó a mí más todavía, y reclinó su cabeza sobre mi hombro, de modo que sentía yo en mi rostro el contacto suave de su sedosa cabellera. «—Así, así... ¡Ah! Hace ya tanto tiempo que amo a usted..., tanto tiempo... Ahora puedo decirlo, pues pago con mi vida el derecho a decirlo... ¿Quiere usted llevarme consigo? ¿Quiere usted que nos vayamos juntos los dos? ¡Los dos!»

»—¡Oh! Sí, sí—contesté...—juntos, unidos para siempre moriremos ambos. Te lo juro. Pero no ahora... ¡Ah, déjame tiempo para sentir que me amas! Nuestros labios se habían juntado otra vez; pero ahora ella me devolvía mis besos. Estrechábala yo contra mi pecho y la sentía desfallecer en mis brazos. Enlazada a mí de ese modo, la llevé hasta mi lecho, y Carlota se abandonó completa y del todo. ¡Ah! Fue-

ron aquellos besos nuestros de esos besos en que el éxtasis de los sentidos y el éxtasis del alma se confunden deliciosamente; en que lo pasado, lo presente y lo porvenir desaparecen para no dejar sitio a lo que no sea amor, a la dolorosa, a la embriagadora locura del amor. Aquel lindo cuerpo, aquella estatua viva de Tanegra me pertenecía en toda su gracia, en toda su inocencia; parecíame que aquel momento no era verdad; tanto y tanto sobrepujaba los límites de mis esperanzas y casi las fuerzas de mis deseos.

»En la suave claridad que arrojaba la llama de la lámpara y el fuego casi extinguido de la chimenea, la delicadeza de aquellas líneas, su extrema palidez, sus cabellos esparcidos ahora la asemejaban a una aparición, y la voz de fantasma, una voz de más allá de la vida, hablaba en ella contándome la larga historia de sus sentimientos hacia mí. Decíame cómo se había enamorado, sin sospecharlo siquiera, desde nuestra primera entrevista; luego, cómo había sufrido con mis tristezas y con mis confidencias; después, cómo había soñado en ser mi amiga, una amiga que me consolase dulcemente; y luego la luz espantosa que mi declaración en el bosque había arrojado sobre su corazón, y cómo ella se había jurado poner entre nosotros un abismo. Decíame cuáles habían sido sus luchas al recibir mis cartas, sus resoluciones inútiles de no leerlas, la locura de sus esponsales para quitar toda esperanza, su vuelta al castillo y... el resto. Carlota encontraba para revelarme la secreta y cruel novela de su ternura esas frases púdicas y apasionadas que parten de lo más misterioso del alma, como brotan las lágrimas de los ojos.

»—Aunque pudiera—decía Carlota—desvanecer; ahora parte de aquellos dolores, no querría hacerlo de tal manera necesito sentir que por ti he vivido. Tú me dejarás morir la primera para que yo no te vea padecer. Y me envolvía, al decir esto, entre sus cabellos sueltos, y veíase en su rostro, que había yo conocido tan dueño de sí, una especie de éxtasis del martirio, una alegría como sobrenatural acompañada con dolor, una exaltación mezclada con remordimientos.

»Aquí es, mi querido maestro, donde aparece el episodio más singular de esta aventura, el que los hombres llamarían el más vergonzoso; pero entre usted y yo esos vocablos no tienen sentido, y he de tener el valor de contar a usted todo lo ocurrido. Yo había sido sincero, ya lo he dicho, y sincero sin la más ligera sombra de cálculo, en la resolución de suicidarme, que me había hecho comprar el frasco de nuez vómica y escribir después a Carlota. Cuando ella vino, cuando cayó en mis brazos, cuando me dijo: «vamos a morir juntos», yo había aceptado con absoluta y completa buena fe. Habíame parecido tan sencillo, tan natural, tan fácil morir los dos al mismo tiempo. Usted que ha descrito en páginas tan varoniles el vapor de la ilusión producida en nosotros por el deseo físico, esa embriaguez del sexo, que se enseñoorea de nosotros como el vino, no me considerará un monstruo por haber sentido que ese vapor se disipase con el deseo, que aquella embriaguez desapareciese con la posesión. En medio de esta noche de locura llegó una hora en que, fatigados de ca

ricias, languideciendo de voluptuosidad, quedamos descansando uno cerca del otro.

»Contemplaba yo a Carlota y se apoderaba de mí el pensamiento de que dentro de pocas horas aquel cuerpo adorable y animado entonces por todos los ardores de la vida estaría inmóvil, helado, muerto... ¡Muertos aquellos labios en que todavía palpitaban mis besos! ¡Muertos aquellos ojos hermosísimos! ¡Muerta aquella alma que era mía, llena de mi amor, embriagada por mí! Repetía yo mentalmente y sin cesar esta palabra: «¡Muerta, muerta, muerta!» Y lo que ella representa de súbito derrumbamiento en la noche, de irreparable caída en las tinieblas, en la frialdad, en el vacío, me angustió el corazón. Un estremecimiento recorrió todo mi ser, tuve miedo... ¿por ella?, ¿por mí?, ¿por los dos? No lo sé... Tuve miedo, un miedo que heló lo más recóndito de mi ser. Carlota, que estaba dormida, exhaló un suspiro y despertó...

—»¡Ah!—me dijo estrechándome convulsivamente entre sus brazos—estás aquí; había yo perdido el conocimiento. He soñado... ¡Ah, qué sueño! He visto a mi hermano que se lanzaba sobre ti... ¡horroroso sueño!

»Me dió otros muchos besos, y cuando estaban unidos nuestros labios dió una hora. Carlota escuchó atentamente, y contó cuatro campanadas.

»—Las cuatro—dijo—, ya es tiempo. Adiós, amor mío, adiós otra vez.

»Me besó con más ternura. Su fisonomía, en medio de su exaltación, parecía tranquila, casi risueña.

»—Dame el veneno—dijo Carlota con voz firme. Permanecí inmóvil y no contesté.

»—¿Tienes miedo por mí?—preguntó—. ¡Bah! Ya verás cómo sé morir; dame.

»Me levanté, tuve la tranquilidad de reparar en lo posible el desorden de mi traje, y resuelto a evitar a todo trance aquellos dos suicidios, recogí el frasco y lo encerré en el armario. Carlota no advirtió nada de esto, hallábase sentada en el lecho y aún en oración; pero, sin duda, le parecía que tardaba yo demasiado, porque volvió a decirme:

—»Estoy pronta.

»Entonces vió mis manos vacías. La expresión extática de su rostro tornóse en angustia extremada, y su voz era casi áspera cuando dijo:

»—El veneno, deme usted el veneno.

»Después, como si contestase a un pensamiento que hubiese surgido de pronto en su alma, agregó febrilmente:

»—No, no es posible.

»—No—exclamé entonces arrojándome de rodillas ante ella y cogiéndola las manos—, no, dices bien; no, eso no es posible... No puedo dejarte que mueras delante de mí, por mí asesinada. Te lo suplico, Carlota, no me pidas que realice tan funesto proyecto. Cuando compré este veneno yo estaba loco... creía que no me amabas y quería matarme... Si, lo quería sinceramente. Pero ahora que me amas, que lo sé, que te has entregado a mí... ahora ¡ah! no puedo... no quiero... Vivamos, amor mío, vivamos... Consiente en vivir... Huiremos juntos si quieres... y si no quieres, si estás arrepentida de estas horas de

abandono... sea... sufriré solo el martirio; te lo juro, esto quedará como si no hubiese ocurrido... no volverás a verme. Para ayudarte a morir... matarte... no, no y no... No te canses en pedirlo.

»¿Cuánto tiempo la hablé y qué más le dije? No lo sé. Espiaba yo sobre su fisonomía una emoción dulce, una debilidad de mujer, uno de esos *sí* de la mirada que desmienten el *no* pronunciado por la boca. Carlota callaba, fijos en mí sus ojos, que brillaban entonces con un fuego trágico. Había retirado sus manos de las mías y cruzado los brazos sobre el pecho, y envolviéndose en su cabellera, como alejada de mí por horror invencible, dijo cuando cesé de suplicar:

»—¿Conque no quiere usted cumplir su palabra?

»—No, no puedo—baluceé—, no puedo; no supe al prometerlo, lo que prometía.

»—¡Ah!—gritó ella con un desprecio cruel y temblándole los labios—¡Dígame usted que tiene miedo! Deme usted el veneno. Devuelvo a usted su palabra en lo que a usted se refiere... ¡Moriré sola! Pero haberme hecho caer en este lazo... ¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Cobarde!

Ni aquel insulto, ni las repetidas injurias de Carlota quebrantaron mi resolución; me senté sobre la alfombra en que estaba arrodillado, como si no quedasen ya fuerzas para levantarme, y continué moviendo la cabeza y repitiendo: *no, no y no*.

»La joven no dijo una palabra más. La vi recoger su hermoso y abundante cabello, que arregló apresuradamente con un nudo; introdujo sus pies en las chinelas, se envolvió en su bata blanca, buscó

después, con la mirada, el frasco negro con membrete encarnado, y como no lo viese en la mesa, se dirigió hacia la puerta, sin dejar de decir:

—»¡Cobarde! ¡Cobarde!

»Todo había concluido. Esperé, equivocándome una vez más, como tantas otras, que la reflexión hiciese volver a Carlota en su acuerdo y atribuir al amor mi negativa a cumplir la empeñada palabra. Nada, Carlota no volvió a hablarme; la escribí, y mis cartas me fueron devueltas sin abrir siquiera; fui de noche a su cuarto y hallé cerrada la puerta; llamé repetidas veces y no me contestó; quise hablarla una vez, y ella me apartó con la mano desdeñosamente, sin mirarme siquiera.

»Anuncióse por entonces la próxima llegada del señor de Plane y del conde Andrés, y esta noticia me decidió a tomar la resolución que yo acariciaba hacía algunos días. Habíame rogado el marqués que prolongase mi permanencia en el castillo hasta el día 15 de Noviembre. Anuncié en la mañana del funesto día 3 de Noviembre que acababa de recibir de mi madre una carta un poco alarmante; durante el día dije que un telegrama más alarmante aún aumentaba mis inquietudes. Solicité, pues, del señor de Jussat que me permitiese partir para Clermont al día siguiente, muy de mañana, y agregué que, si acaso no me era posible regresar, me hiciese el favor de embalar algunos objetos míos que allí quedaban, y remitírmelos. Dije todo esto delante de Carlota, seguro de que ésta daría a mis palabras su verdadero significado: «Se va para no volver.»

»Creía yo que la noticia de esta separación la con-

movería, y deseando aprovechar esta emoción, tuve la audacia de escribir un billete con estas líneas solamente: «Próximo a dejar a usted para siempre, tengo derecho a solicitar de usted una última entrevista. » Iré a la habitación de usted a las once. » Y como era menester que no pudiera Carlota devolverme aquel billete sin leerle, le coloqué abierto encima de una mesita de noche, a riesgo de perderme y de perderla si la doncella lo veía. ¡Ah, cómo latió mi corazón cuando a las once menos cinco me dirigí hacia su puerta y apoyé mi mano sobre el picaporte! El cerrojo no estaba echado. Carlota me esperaba. Al primer golpe de vista comprendí que la lucha sería ruda. Su rostro sombrío manifestaba muy claramente que no me había permitido entrar para perdonarme. Llevaba una bata de color oscuro, y nunca había sido más implacablemente fijo y frío el brillo de sus ojos.

»—Caballero—me dijo luego que hube cerrado la puerta—, ignoro lo que se proponía usted decirme; lo ignoro y además no quiero saberlo. No es para escuchar a usted para lo que le he permitido entrar. Juro a usted, y yo sé cumplir mis ofrecimientos, que si adelanta usted un paso o si intenta hablarme llamo y hago que arrojen a usted de aquí como a un ladrón.

»Al pronunciar aquellas palabras, Carlota había colocado el dedo sobre el botón de la campanilla eléctrica colocado a la cabecera de su cama. Su actitud, su voz revelaban tal resolución, que debí callar; ella continuó diciendo:

»—Me ha hecho usted cometer tres acciones indignas... La primera tuvo por excusa el que yo no creyese a usted capaz de una infamia como la que

empleó... Además, sabré espiarla—agregó, como si se lo dijese a sí misma.—¡La segunda!... No busco excusa para ella... Y su rostro enrojeció con un color de vergüenza... Me era insoportable pensar que usted había procedido así. He querido estar segura de lo que usted era... He querido conocer a usted... Me había usted dicho que tenía su diario... He querido leerlo... Lo he leído... He entrado en la habitación de usted cuando no se hallaba en ella. He buscado entre sus papeles; he forzado la cerradura de aquel cuaderno... Sí, sí, yo he hecho todo eso... Harto castigada he sido por ello, pues he leído en aquellas páginas lo que he leído... La tercera... Diciéndoselo a usted pago la deuda que he contraído con usted por la segunda... La tercera...—Carlota vaciló un instante y después siguió diciéndome—impulsada por la indignación he escrito a mi hermano. El conde Andrés lo sabe todo.

»—¡Ah!—grité.—Está usted perdida.

»—Ya sabe usted lo que he jurado—dijo Carlota atajando mi palabra y volviendo a poner el dedo sobre el botón de la campanilla.—Calle usted. Yo ya no puedo perderme y nadie puede hacer ya nada ni en pro ni en contra mía. También mi hermano sabe esto y conoce mi determinación. Recibirá mi carta mañana. Yo debía prevenir a usted; ya que en tanto estima su vida. Ahora váyase usted.

»—¡Carlota!—dije con voz suplicante.

»Carlota miró al reloj, y dijo secamente:

»—Si dentro de un minuto no ha salido usted de aquí, llamo.

## »§ VII.—CONCLUSIÓN

»¡Y obedecí! A las seis de la mañana del día siguiente abandoné el castillo; llevaba yo al dejarlo los presentimientos más tristes, pues en vano intenté convencerme de que aquella escena no tendría consecuencias; quise creer que el conde Andrés llegaría a tiempo para salvar a su hermana de una resolución desesperada; que ella misma vacilaría en los últimos momentos; que sobrevendría algún incidente inesperado... ¡Qué se yo!

»En cuanto a huir, a retroceder ante la venganza posible del hermano de Carlota no lo pensé ni un solo momento. Por esta vez había yo vuelto a encontrar mi carácter, porque encontré en mí una idea viva y que me sostenía: la de no dejarme humillar por nadie. Sí, aunque ya había tenido ante una muchacha enloquecida y en la debilidad del amor dichoso una hora de desfallecimiento, estaba yo seguro de no tener otra ante las amenazas de un hombre. Llegué a Clermont devorado por una ansiedad que no fué de larga duración, pues supe el suicidio de la señorita de Jussat y fuí arrestado sin intervalo apreciable.

»Desde las primeras palabras que oí al juez de instrucción imaginé y vi los pormenores de aquel suicidio. Carlota tomó del frasco de veneno comprado por mí la cantidad que consideró suficiente para su muerte. Hizo esto, sin duda, el día mismo que leyó mi diario, cuya cerradura hallé efectivamente forzada, cosa en que yo no había reparado porque no me

cuidaba en aquellos días de ese diario, que era ya completamente inútil para mí.

»Para no despertar sospechas, Carlota tuvo cuidado de reemplazar con agua la cantidad de veneno que había quitado del frasco. Arrojó después por la ventana el frasco de que se había servido, porque no quiso que sus padres supiesen que ella se había suicidado hasta que el conde Andrés se lo dijese. Y yo, que sabía toda la verdad sobre este horrible drama, yo que podía dar mi diario, cuando menos, como una presunción de inocencia, destruí aquel diario al salir del primer interrogatorio, he renunciado a defenderme, por el hermano.

»Ya lo he dicho a usted, había yo apurado hasta el fondo la copa de las humillaciones y no quería ya más; no quiero más. Ese hombre a quien tanto he envidiado desde el primer día, ese hombre que ahora representa para mí la muerte y que, conociendo también toda la verdad, debe de considerarme como el último de los últimos, no ha de tener el derecho de despreciarme... y no lo hará. No lo tiene porque ambos callamos. Pero en mí el silencio es arriesgar mi cabeza para salvar la honra de la que ya no existe, y en él es inmolar un inocente a esa honra misma. De nosotros dos, yo, que no quiero defenderme guardándome detrás del cadáver de Carlota, y él, que poseyendo la carta en que ella le anunciaba su suicidio, la guarda para vengarse del amante de su hermana, dejando que sea condenado como asesino, ¿quién es ahora el bravo? ¿Quién el caballero? Toda la vergüenza de mi debilidad en aquella noche, en la cual Carlota se entregó a mí, si en aquello hubo vergüen-

za, la borro ahora con no defenderme, y hallo cierta voluptuosidad de orgullo, como desquite de aquellos últimos días tan horribles, en no suicidarme ahora, en no pedir a la muerte olvido para tantas torturas. Es preciso que el conde Andrés lleve su infamia hasta lo último. Si soy condenado, sabiendo él que soy inocente, teniendo él la prueba de que lo soy y callando... los Jussat-Randon nada tendrán que echarme en cara, quedaremos en paz.

»Sin embargo, he dicho a usted todo, mi venerado, mi querido maestro; he mostrado a usted lo más recóndito de mi sér, y al confiar al honor de usted el secreto, sé muy bien a quien me dirijo para que crea necesario insistir sobre la promesa que he adquirido el derecho de exigir a usted en la primera página de este cuaderno. Pero vea usted, este silencio me ahoga; me ahoga este peso que tengo siempre, siempre, sobre mí. En una palabra, me ahoga el remordimiento. He menester que alguien me comprenda, y me consuele, y me ame; que una voz me compadezca y me dirija palabras con las cuales se disipen los fantasmas que me rodean, y me asedian, y me martirizan. Había yo formulado mentalmente, cuando di principio a estas páginas, una lista de preguntas que deseaba yo dirigir a usted al terminar. Lisonjeábame la idea de que llegaría yo a contar a usted mi historia como usted expone los problemas de psicología en sus libros, que tantas veces he leído, y ahora nada encuentro que decir a usted más que la palabra de la desesperación: *De profundis*. Escribame usted, mi querido maestro; dirijame. Sosténgame usted en la doctrina que ha sido, que es aún la mía;

en este convencimiento de la necesidad universal de que nuestras acciones, aun las más detestables, aun las más funestas, aun esta misma fría empresa de seducción, hasta mi debilidad y mi cobardía ante el pacto de la muerte, van unidas al conjunto de las leyes del Universo infinito. Dígame usted que no soy un monstruo, que nada hay en mí de monstruoso, y que si saliera yo de esta crisis suprema, usted estaría ahí para estimarme como discípulo y como amigo. Si usted fuese médico y un enfermo llegase a usted mostrándole una herida, usted lo curaría por humanidad. Usted es médico también, un gran médico de las almas. ¡Ah, la mía está muy hondamente herida y muy ensangrentada! Solicita de usted una palabra que la consuele, una palabra, una sola, y bendecirá a usted por siempre su fiel

ROBERTO GRESLOU.»